

la educación de los españoles?» o «¿Qué opinión le merecería la sujeción de tal disciplina en la Enseñanza General Básica e incluso en las Facultades de Letras, para los alumnos que no cursen las especialidades de Filosofía?». Por otra parte, resulta sintomático que un catedrático se haya visto «obligado» a emplear este recurso de urgencia que es la encuesta para plantear el problema.

¿Cuál puede ser la eficacia de esta reflexión colectiva? Me temo que caiga en manos exclusivamente de los ya convencidos, de los vocacionalmente lectores, profesores o no. Para tal viaje no se necesitarían tales alforjas. Pero entiendo que este libro puede alcanzar la categoría de un «libro blanco» de la enseñanza de la literatura y podría sugerir algunas iniciativas, en el terreno de lo práctico, cara a la Administración. El libro recoge —y esto es importante— un movimiento de profesores. Si, en el peor de los casos, no se consiguieran arrancar a la Administración unas medidas por las que se restableciera el puesto de la literatura en los diversos niveles educativos, tal como le corresponde, al menos podríamos contar con profesores conscientes, allá donde se les ha respetado.

Por lo que respecta a la muerte de la literatura, no hay que pasar cuidados. Se defiende sola. Por lo que respecta a los vocados a ella, tampoco. Dámaso Alonso nos cuenta, en las páginas que sirven de introducción a esta encuesta, cómo se confiaron planes y profesores para desviarle de la literatura. Sin embargo, resulta preocupante que una sociedad entera pierda, por un lado, la posibilidad de disfrutar que la literatura proporciona, desconozca su propia historia y, por tanto, se desconozca a sí misma. No resulta una exageración de especialista el afirmar que la futura convivencia de los españoles se ve afectada también por la liquidación

de la literatura en la educación. Cito a Lázaro Carreter: De todas las razones, «parece tener especial fuerza la que considera precisas las disciplinas literarias para insertar lúcida y críticamente a los jóvenes ciudadanos en el mundo que les ha tocado en suerte, el cual hace y hará todo lo posible por homogeneizarlos, por convertirlos en consumidores sin alma». ■ **CESAR ALONSO DE LOS RIOS.**

## Música celestial y otros poemas

Con este nombre se da ahora a la luz un amplio florilegio de excelentes poemas que comprenden la casi totalidad de la obra poética de Eduardo Chicharro (1).

Eduardo Chicharro, hijo del pintor de igual nombre, pintor él mismo, es un desconocido para la mayoría y hasta para la letrada minoría. A su retorno literario contribuyen de consuno esta cuidada publicación y la carpeta-homenaje que los pintores (amigos y discípulos) Amalia Avia, Manuel G. Raba, Enrique Gran, Julio L. Hernández, Manolo Millares, Lucio Muñoz, Francisco Nieva, Angel Orcajo, Joaquín Ramo, Antonio Saura y Eusebio Sempere dedican a Chicharro. A ellos y a Gonzalo Armero, presentador y compilador del libro, debemos el hecho digno de memoria de este alumbramiento. La entrada de presentación y notas que hace este último son un ejemplo de respeto y no injerencia en asuntos internos que merecen destacarse y cohiben la tendencia a hacer extenso el comentario.

Señalemos, sin embargo, que E. Chicharro nació y murió en Madrid (1905-1964); que su vida transcurrió en Italia casi permanentemente, a partir del año 1913, fecha en la

(1) Eduardo Chicharro, *Música celestial y otros poemas*. Ed. de Trece de Nieve. Seminario de Ediciones. Madrid, 1974.



Eduardo Chicharro, en sus años romanos.

que marchó a Roma con su familia por haber sido nombrado su padre director de la Real Academia Española de la ciudad; que regresará en 1925 para realizar el servicio militar y tornará con una beca para la Academia a Roma, y allí casará y tendrá su residencia hasta 1943, año en que vuelve a Madrid para permanecer hasta el día de su muerte: 16 de marzo de 1964. De esos veinte años (en poesía) da cuenta el libro, entre cuyos componentes creemos destacarse el poema que da nombre al conjunto: «Música Celestial». Entre las «Cartas de Noche», otro aspecto, la de Beethoven es sinfonía que no merece de las del maestro. Dejados caer en la tentación de la cita y no nos libréis del bien: «Brillan sables como peces, bate el viento las espaldas plateadas de los átomos, las espadas relucientes de los átomos y las cañas y los juncos que Tú Domas, y ahora vuelves a traer voces humanas/en hosannas y blanquitas palomas». La «Plurilingüe Lengua» es otra zona, y prefiero no decir parte porque nunca hay fronteras en es-

tos versos que son «versus», hacías. Cincuenta y dos sonetos en los que encontramos pinturas levitadas y aireiformes; espectografías de espléndidas nimiedades «esenciales», lúdicamente aliteradas: «Va la lámpara gastándose en deliquio/se deshace la madeja poco a poquito/y él se queda vano y loco en vaniloquo». Próximas sacudidas sarcásticas para desarraigar la saporífera costumbre de nuestros acaeceres: «Es España noción municipal/que se aguanta en sosiego natural/por ser la novedad convencional/y la rutina pauta y fe moral». No importa que el itálico modo pierda sus modales, pues de eso se trata a veces en los que él llamó «preciosos cofrecillos dignos de no contener nada» (los sonetos). Sus soledades, sonoras; bien pintadas en lo habitual: «Abandonado y vivo voy por la casa solo/con el gusano extenso./¿Quién me habla? Cada noche/a mi lecho me acerco andando entre despojos/de voladoras aves».

Suenan en esta poesía trompetas de Jericó contra las murallas de la rutina —cultural o

no— y dan a veces la impresión de un «diario hablado» en plena espontaneidad coloquial. Sensitivo más que sensual, pero por los sentidos ama el poeta. Pese a declararse no materialista en sus manifestos, en lo material hallan madre de buenos frutos y de flores ciertas. En su oleaje de océano, río o fuente, aparece melodiosamente un panteísmo de espontánea naturalidad: «La yunta se adormece. El sol palpita/en la pared de cal. La margarita/¿no será más azul que la muralla?». ¡Cuántas hermosuras sueltas, cuántas graciosidades y gratuidades dadas como por azar en el quicio o desquiciamiento de un hablar que a veces de puro común se torna insólito!

Hay en nuestro poeta un cierto desvanecimiento de la conciencia histórica que tiende a hacer nulo el antagonismo de las fuerzas sociales, agravado por darse en momentos de una muy intensa crudeza bélica. Si casi toda la poesía y arte de pre y posguerra española y mundial se alinea inevitablemente en torno a esos fenómenos, y referidos a ellos se clasifican las escuelas y los hombres, no podemos menos de encontrar un enfatismo de evasión cierta en las declaraciones de apoliticismo del «postismo», así como en el querer «volar solos en el camino de la verdad» los postismos. Su nihilismo contradictorio tiene cierto blancor de provisionalidad que permite esperar algo que ahora brilla por su ausencia; es abierto. No estamos ante un «Grado Cero» de la escritura.

Al movimiento «postista» pertenece nuestro autor como principal fundador junto a Carlos Edmundo de Ory y el italiano Silvano Sernesi. En los manifiestos que forman una parte apéndice del libro se expone el significado de este «ismo» que, por venir detrás de otros, recibe el nombre de «postismo», siendo su más próxima parentela ésta: hijo del surrealismo, nieto del dadaísmo y so-

brino del expresionismo. También tiene que ver con el futurismo y cubismo. Su paradigma es la euritmia. Su género más próximo, la pintura y la música. El juego está en la base de su técnica. Unasele humor, imaginación, aspiración de libertades y otros ingredientes afines hasta dar en la «locura inventada» (Ory), no padecida.

Nuestro hombre pintaba retratos de señoras y daba clases de dibujo y pedagogía en las Escuelas de Artes y Oficios de San Fernando. Fue hablista de radio nacional, ensayista, novelista, poeta, coleccionista, cineasta, ciclista y autodidacta. E. Chicharro es una varia y diversa mezcla de oficios y ejercicios. Su cultura transcolar tiene aires mundiales. Entre la nómina de excelentes resonancias: Homero, Chejov, Vallejo, Marinetti, Heráclito, Nietzsche, Beethoven, Goya, Cervantes, Quevedo, Bretón, Joyce, Torres Villarreal, Tzara y...

No resistimos a la tentación de citar a Francisco Nieva en el epílogo del número 2 de Trece de Nieve, dedicado a Chicharro: «Es claro que el artista, si no es situado y literalmente acabado y perfeccionado por una voluntad creadora del propio ambiente en el que le ha tocado vivir, no es nada. Todo precursor es víctima del ambiente que intenta combatir o no sería precursor. Toda época tiene su reverso de malogrados, aun los más brillantes».

El sueño de la razón no sólo produce monstruos. ■ **JUSTO ALEJO.**

## El Opus Dei: una interpretación

Alberto Moncada, un antiguo miembro de la obra y sociólogo de la educación, publica este breve pero enjundioso libro en la Editorial Índice, donde describe las impresiones de su vida en contacto interno con el Opus, siendo miembro de él. Esta valiente editorial ha publicado libros polémicos y de